



ARTÍCULO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN EL SEMANARIO *DINERO*

30-04-98

España, en el grupo de cabeza

El ingreso de España en la Unión Monetaria es un reto, y los retos son un pasaporte a las oportunidades.

España lleva dos años demostrando su capacidad como nación para superar los retos a los que se enfrenta. Dicho de otra forma: en este período España se ha hecho dueña de sus circunstancias, ha precisado sus objetivos y se ha decidido a poner los medios para alcanzarlos. Se trata de saber desde dónde partimos, a dónde queremos llegar y cómo podemos lograrlo. Me parece que la única condición para abordar con éxito esta empresa, desde el punto de vista de quienes gobiernan, es que afronten y expliquen la situación real y no envuelvan a los ciudadanos en sueños fáciles de proponer pero imposibles de realizar. Cuando esta premisa de realismo se cumple, los españoles, convencidos de la bondad del empeño, dan lo mejor de sí mismos y sitúan a su país donde le corresponde.

Lo que estamos viviendo es, pues, el ajuste de nuestros proyectos y nuestro ritmo a nuestra potencia real. Allí cerca, a la vuelta del camino, el Euro asoma, sobre todo, como una oportunidad de manifestar nuestra auténtica valía. Vamos hacia él y hacia todo lo que supone asentados en el grupo de cabeza. Aunque la verdadera meta, la que hay más allá del Euro, exigirá todavía mucho dinamismo.

La salida, más que la llegada, se producirá en los próximos días, con la decisión que tomarán los Jefes de Estado y de Gobierno sobre los países que formarán parte de la Unión Monetaria a partir del 1 de enero de 1999. Este hito supondrá la culminación de un proceso histórico que comenzó en 1988, cuando los entonces Jefes de Estado de la Unión Europea decidieron fortalecer los vínculos económicos existentes entre sus países para dar respuesta a la globalización de la economía, impulsando el proyecto de creación de una moneda única europea. El Euro es un símbolo de partida, no una meta. Un día sabremos que hemos ganado porque la prosperidad general de nuestros ciudadanos nos confirmará que supimos seguir el itinerario idóneo.

España, esta vez, no es diferente y se incorpora con otros diez países --Alemania, Francia, Italia, Bélgica, Luxemburgo, Holanda, Irlanda, Austria, Portugal y Finlandia-- a este proyecto que se hace tangible en el Euro. Con ello, nuestro país formará parte de un mercado de casi 300 millones de personas, en el que consumidores y productores --y todos somos al menos una de las dos cosas-- utilizarán el Euro para sus transacciones económicas. No es ésta una apuesta a cara o cruz. El Euro tiene dos caras y con ambas ganamos: compartir una moneda única es profundizar en las relaciones económicas, por un lado; y, por otro, disponer de una señal palpable de la integración europea.

Hace apenas dos años ni siquiera se le concedía a España la duda del cara o cruz. El único azar que se le auguraba era el fracaso: nadie apostaba por su ingreso en la Unión Monetaria. Media legislatura ha bastado para desafiar y vencer ese fatalismo, esa desconfianza. Y no se ha apelado al azar, desde luego, sino a una correcta determinación de los planes que debían guiarnos y de las medidas oportunas para satisfacerlos.

El Gobierno y los grupos que le apoyan asumieron un compromiso irrenunciable para formar parte de ese proyecto; y hoy España va a participar en igualdad de derechos y deberes con el resto de países que van a integrarse en la moneda única. Así lo reconocen de forma explícita los informes que con carácter preceptivo han elaborado la Comisión Europea y el Instituto Monetario Europeo. Más aún, no sólo hemos cumplido los requisitos exigidos, sino que lo hemos hecho con mayor crecimiento y creando más empleo que los restantes países de la Unión. España ha llegado en forma.

El trayecto que nos ha conducido hasta aquí no ha sido fácil y ha exigido los esfuerzos de todos. Durante este tiempo los ciudadanos han tenido que oír un eco reiterado: control del déficit público, control de la inflación, reducción de los tipos de interés... Pero sabían que todo ello no respondía a una obsesión tecnocrática, sino a la firme resolución de cumplir estrictamente los criterios de convergencia exigidos en el Tratado de la Unión Europea, para asegurar que España formara parte del Euro por méritos propios; y, además, han comprobado que aquel mismo eco deja importantes ventajas en sus cuentas domésticas.

La presencia de España en el grupo de países que formarán la Unión Monetaria supone que la fase preparatoria ha terminado. Es el punto de partida al que antes me refería. Ahora empieza para los agentes públicos y privados la tarea rigurosa --pero pródiga en compensaciones-- de vivir con el nivel de exigencia que requiere una moneda fuerte y estable. El Euro impondrá su propio estilo. La Unión Monetaria producirá una modificación profunda de la vida económica, social y política en Europa. El cambio afectará a la forma de conducir la política económica y la actividad empresarial.

En el aspecto político, el compartir una moneda única exigirá una coordinación aún más estrecha que la existente hasta ahora entre los países miembros para la conducción de nuestras economías. Esta coordinación tendrá dos ejes fundamentales: uno, el compromiso inequívoco con el rigor presupuestario y la disciplina en la administración de los recursos públicos; otro, la profundización en las liberalizaciones de los mercados de los factores de producción.

En España, el nuevo marco de estabilidad nos obliga a reforzar la Ley General Presupuestaria y la Ley de Contratos de las Administraciones Públicas. Sólo siendo disciplinados en el gasto reforzaremos la confianza de la sociedad en las instituciones. En este contexto de disciplina, el Gobierno tiene el compromiso de reducir el déficit público hasta el 2'2 por 100 del producto interior en 1998 y, paralelamente, de reducir el endeudamiento público.

Ahora bien, al fondo de todos los datos y de todos los esfuerzos late el gran problema del paro. Nuestra mayor energía está enfocada hacia ello con esta doble puja: empleo, más y mejor. Mi Gobierno está fuertemente comprometido con la adaptación del marco institucional del mercado de trabajo para que incluya fórmulas de organización más acordes con los nuevos tiempos. El Plan de Empleo español, presentado en Bruselas hace unos días, propone vías de actuación dirigidas específicamente a que los contratos se ajusten a las circunstancias de cada trabajador. En este sentido, los contratos a tiempo parcial deben desempeñar un importante papel.

También para el empleo, como para otros capítulos de la economía, hay una palabra clave. Esa palabra es competencia. La he repetido muchas veces porque estoy

convencido de que, al final, nos gratificará. Las reformas estructurales orientadas a la introducción de mayor competencia en nuestra economía me parecen absolutamente básicas, y en estos dos años el Gobierno ha sido consecuente con ese criterio. Se han hecho ya progresos notables en el sector de las telecomunicaciones y de la energía, con efectos claramente positivos sobre la inflación que han sido cuantificados entre los 0,16 y 0,60 puntos porcentuales por el Banco de España. Con todo, el Gobierno continuará su política de liberalizaciones y va a ser muy beligerante contra los monopolios.

El concepto de competencia es, más que una pauta gubernamental, un factor que tienen presente, antes que nadie, los propios empresarios. La Unión Monetaria generará un entorno más competitivo y el empresario es el más interesado en estar preparado para ese impacto. La competitividad de las empresas españolas se basará de forma importante, aunque no exclusiva, en el control de los costes. Además, hay que hacer un esfuerzo por mejorar la calidad mediante la innovación.

El ingreso de España en la Unión Monetaria es un reto y los retos, tanto en política como en la vida, son un pasaporte a las oportunidades; un trampolín, no un escollo. La Unión Monetaria es la oportunidad de alcanzar el mayor bienestar que Europa ha conocido en el período de la posguerra. Los retos europeos, y por ende españoles, son fundamentalmente dos: adaptar nuestras economías a una realidad en constante cambio y coordinar nuestras decisiones de política económica. España, ahora, es capaz de ofrecer y ganar más que nunca en su vinculación a Europa.

José María Aznar